



«*La despedida*» y «*Transmisión en vivo*» Sergio Augusto Sánchez

Transmisión en vivo¹

Está obsesionado con ser el anfitrión de *Saturday Night Live*. Todas las mañanas se ve al espejo y cree que está en el estudio H-8 del Rockefeller Center en la ciudad de Nueva York. Personifica el sketch de entrada y finaliza con alguien que dice «*Live from New York, it's Saturday Night*». Los ojos llenos de lágrimas emocionadas. Imita la voz de Dan Pardo presentando alguna de las alineaciones legendarias del programa: su favorita incluye a Mike Meyers, Dana Carvey y los dos difuntos, Phil Hartman y John Belushi (es su fantasía, cambia a Chris Farley por Belushi). Se afeita, vuelve al espejo simulando aplausos. Empieza un monólogo en el que cuenta cuan feliz está de haber sido escogido como anfitrión, lo duro que ha sido llegar hasta ahí y ser el primer colombiano en lograrlo. Para cuando su madre golpea en la puerta de su habitación debe hacer un esfuerzo para recomponerse, comenzar el día y tratar de no llegar tarde a su trabajo.

Tiene treinta años y vive con su madre, siempre ha vivido con su madre, fueron abandonados por el padre cuando la prueba de embarazo dio positivo. «Le debo todo», se dice, y en parte es cierto si no piensa mucho en que hace tiempo que su relación es malsana como se lo repite su terapeuta, pues en lugar de estar haciendo el desayuno y planchándole la ropa, su madre debía haberlo sacado de la casa hace algún tiempo. Intentan no meterse mucho el uno en la vida de la otra, que cada quién haga de su culo un avispero. Los dos tienen amigos y han tenido parejas amorosas, sin embargo, les cuesta trabajo alejarse por mucho tiempo, los ata un cordón umbilical invisible para ellos, pero no para los demás, claro... Tal parece que su relación funciona a pesar de lo que diga su terapeuta.

Le fascina encender la radio y caer justo en un silencio, entre una cuña y la siguiente, entre el final del espacio publicitario y el comienzo del programa, entre

¹ Pertenece al libro de cuentos inédito titulado "Tensión superficial" (2018)

el final de una intervención y la próxima. Dice que tiene buena suerte, que nunca en su vida ha encendido la radio y caído en media res, a la mitad de una sílaba. Cree, nunca lo ha puesto en duda, que debe ser la única persona en el mundo a la que le pasa eso, no se imagina cómo sería la vida de otra forma, cayendo siempre a destiempo en el flujo sonoro de la radio. Buena suerte. Fundamenta en ese simple hecho el éxito o no de lo que vaya a ser el resto de sus días. En eso y algo más, asegura que siempre se encuentra dinero tirado en el piso. Desde que era muy pequeño y sin buscarlo, encuentra la plata que a otros desafortunados peatones se les escapa del bolsillo, de una cartera, un maletín o acaso de la mano. En una ciudad de once millones de habitantes, nadie (excepto él, claro) ve los billetes doblados, estirados, prófugos de sus legítimos dueños. Pero ahí están, sobre el andén, sobre el asfalto, sin importar si es de noche o de día. Buena suerte. Lleva una cuenta de todo el dinero que se ha encontrado, más de tres meses de su salario actual.

Entiende la sexualidad femenina, dice. Asegura que puede acostarse con quien le dé la gana, no le tiembla ni un poco la voz cuando lo afirma, sus amigos (cobardes, como casi todos los hombres) se burlan y le hacen bromas para evitar que se note cuánto les atemoriza y llena de envidia su confianza en sí mismo. Cuenta que hubo un tiempo en que podía escuchar la excitación femenina, lo explica entre una cerveza y otra, usa onomatopeyas, junta las manos como si fuera a orar y despega lentamente los pulgares como si le florecieran las manos. Podía escucharlo, ¡*Flush!*, dice. Nadie le cree... no obstante, sus compinches no se explican por qué y cómo siempre anda con las chicas más guapas del colegio, del barrio, de la oficina. Entiende la sexualidad femenina, dice, y ellas pueden notarlo y además les intriga bastante, termina de afirmar.

Es un buen observador. Los detalles más nimios resultan de una gran importancia para él. Papelitos con algo escrito, un mensaje secreto, arrojados por ahí. Piensa que hay una clave, que pronto dará con el papelito que resuelva algún acertijo de la humanidad, los revisa y si lo cree conveniente, los recoge. Son coleccionables aquellos que parecen fragmentos de una carta de amor o una pieza de la crisis existencial de alguien más. Los cuida, a los papelitos, como si fueran los diagramas perdidos de Nikola Tesla. No camina mirando al piso y sin embargo es allí donde termina fijándose, además de las importantes sumas de dinero, en pipas improvisadas para fumar drogas callejeras, envolturas de condones, naipes, y cajas de medicamentos para la impotencia sexual masculina. Hasta cierto punto, le preocupan estas últimas, pues habla muy mal de la salud física o mental de sus vecinos.

Tiene la vida arreglada, un empleo de oficina con un contrato casi de por vida. Gasta poco porque su madre no le cobra renta. Gasta poco porque vive cerca de su trabajo. Economiza en sus relaciones, tiene el dinero medido. Dice que no es un tacaño, que es ahorrativo. Se da sus gustos cada vez que puede, puede más cada

vez que hay ofertas, promociones, gangazos. Sostiene que entiende la economía de capital, sabe que no es un capitalista, sabe que es un pobre con unos pesos de más y que si levanta mucho la cabeza será visible para el Ministerio de Hacienda y los bancos. No confía en el sistema financiero. El dinero es ficción pura, piensa siempre que guarda efectivo en una caja de zapatos en un rincón del closet. Viaja, toma y fuma poco, compra solo regalos importantes, no exagera con su guardarropa. Tiene la vida casi arreglada, siempre y cuando no descuide el bolsillo y pueda medir cada centavo.

Disfruta montar en autobús. Cada recorrido es como si viviera una vida entera, una película que pasa por la ventana, una obra de teatro en cada frenada, una obra de teatro con cada vendedor o vendedora que se sube a narrar una historia pre-venta. La ciudad está llena de gente fea, concluye cada vez que en su ruta no se sube una sola persona bonita. Hay gente linda en el mundo, se sonríe cuando descubre a una mujer bonita sentada o ingresando por la registradora del vehículo. Soy feminista, se dice, sonreiría igual si se tratara de un hombre bonito. Es verdad que en la ciudad son más los hombres feos que las mujeres atractivas. Montar en autobús, especialmente en los días de buen tiempo, es una aventura placentera para él.

El clima es un punto clave dentro de las cosas que considera relevantes. Ha construido toda una lista de chequeo para poder declarar a viva voz que hace buen tiempo. La temperatura puede estar entre los dieciocho y los veintiséis grados Celsius, veintiocho inclusive, siempre y cuando la sensación térmica no pase de veinticinco. El sol es el enemigo, proclama, no le gusta el sol, para él, el personaje de Camus le disparó al árabe exclusivamente porque hacía sol. Él lo entiende, de haber estado en el juicio de Maersault, lo habría declarado inocente. El sol nos va a matar a todos, dice con disgusto, aunque entiende el papel que juega en la fotosíntesis. La lluvia le gusta, le gusta como suena, como huele, le gusta la sensación del agua en la cabeza y en los hombros, aunque no soporta el fastidio de las gotitas en los lentes de las gafas. La lluvia es buena siempre y cuando no caiga después de horas de sol intenso. El baño turco no es bueno ni para los turcos, afirma. Pero mucha lluvia logra incomodarlo. El día perfecto es un día de diecinueve grados Celsius, sensación térmica de diecisiete, poca brisa, cielo nublado sin lluvia. La luz perfecta para tomar fotografías, eso diría si fuera fotógrafo. Se puede respirar bien con un clima así, eso sí lo dice cuando habla de la importancia del clima.

Desde niño lo han acusado de ser hipocondriaco. Al principio todos mostraban preocupación cada vez que manifestaba sentir algún dolor, alguna punzada rara. Su madre lo llevaba primero a la farmacia del barrio donde Sandra, la regente de farmacia, lo examinaba. Casi siempre descartaba algo grave, pero él insistía, fingía, actuaba... Más temprano que tarde, entraba de la mano de su madre a la sala de urgencias de la Clínica Central. No es nada, no es nada. Insistía

y en ocasiones su insistencia terminaba en una dolorosa inyección (de agua estéril, al parecer) que lo convencía de haberse salvado. A veces lo irradiaban para sacar una placa de rayos X que lo único que dejaba ver era el perfecto estado de sus órganos. ¿Esto no puede ser un tumor? Preguntaba. Pero no era sino una mancha, una mugre o un reflejo normal de los tejidos blandos en la placa. Pero menos mal vinimos, ¿verdad? Decía. Años después, ni la madre le cree. Un día me voy a morir, vieja, y te vas a sentir mal por no prestarme la atención que necesitaba, sentencia.

Sostiene que no juega al fútbol por miedo a que le partan las piernas. Evita a toda costa una lesión contundente en cualquiera de sus rodillas. Las necesito para caminar, afirma. La verdad es que procura evitar que el mundo descubra su inutilidad para jugar al fútbol. Dios me entregó dos piernas izquierdas, les dice sólo a las personas más cercanas y de su entera confianza. Sin embargo, no se pierde un partido de la liga española por televisión. Es hincha del Atlético de Madrid. Grita al televisor porque piensa que existe una mínima posibilidad de que jugadores y técnico le escuchen a través de una suerte de canal cósmico de extraño origen y todavía más complicada explicación. Se alegra cuando su equipo gana, se amarga cuando el resultado no le es favorable, pero mantiene siempre una esperanza ingenua en que algún día su equipo del alma se haga con la copa de la Liga de Campeones. Evita jugar al fútbol, en la realidad, pero no le huye a un reto en la PlayStation donde sus rodillas permanecen intactas, no tanto así sus pulgares.

Asegura que nunca en su vida ha llegado tarde a un lugar. Prefiero no llegar, dice. Debido a esto ha tenido que esperar toda su vida, una cita, una reunión, el inicio de un evento público o privado. Nadie excepto él, está veinte minutos antes de la hora fijada, o al menos es lo que dice. Aprendió a fumar, hacer puntajes altos en el juego de la serpiente en el celular, avanzar en la lectura de cuentos y novelas, hablarles a extraños. Tener que esperar por todo y por todos me ayudó a vencer la timidez para vencer el aburrimiento, piensa que esa última frase debería ser una frase célebre que podría inmortalizarlo algún día. Llega temprano a todo aunque eso no asegura que preste atención a sus interlocutores cuando finalmente aparecen quince, veinte, cuarenta y cinco minutos después de lo acordado.

Se pone muy serio cuando no le creen que él inventó la palabra *ñámpira*. Fue en 1997, afirma con esa confianza que lo caracteriza para otras cosas. No acepta discusiones o contra-argumentos al respecto. Dice haberla inventado un día cualquiera en el que quiso describir a un sujeto mal encarado, tendiente al hampa, que viste una gorra y tiene greñas largas y una camiseta de algún equipo de fútbol mediocre. Ese tipo es tremenda *ñámpira*, afirma que es la forma correcta de usarla y que si cerca de alguna persona se encuentra cualquier *ñámpira*, es muy probable que dicha persona pierda reloj, celular, billetera, zapatos y hasta la vida.

Sus amigos lo miran con recelo cada vez que comienza a hablar de su aporte a la lengua castellana. La gente es envidiosa, concluye, y pone punto final para anular cualquier derecho a réplica.

Ahora está sentado. No se inmuta con nada de lo que pasa a su alrededor. Se aflojó el nudo de la corbata. Fue a uno de sus chequeos médicos de hipocondriaco, aunque esta vez sí tuvo un dolor de cabeza irregular. Todo transcurrió normalmente hasta que el facultativo revisó el TAC y la resonancia. ¿Hay algo, doc? Preguntó emocionado. Y había algo, y resultó que ya nada fue tan emocionante. ¿Hay algo que pueda hacerse? Recibió una negativa como respuesta. Ponga sus cosas en orden, le recomendó el médico. Fue así como salió a caminar sin rumbo hasta llegar a esa banca de parque. Lleva media hora tratando de comunicarse con alguien que no sea su madre, un amigo, una amiga, una exnovia, una examante, alguno de sus familiares menos cercano que un primo, pero no tan alejado como una tía abuela. Nada. No es raro que otra de sus características fuera la queja constante acerca de la comunicación, de la inutilidad de los teléfonos celulares cuando nadie los va a contestar del otro lado de la línea. Ahora está sentado, pensando que todo es parte de una pesadilla, que en cualquier momento va a despertar. No ha podido llorar. Quizás espera a que alguien le conteste para que el llanto lo ataque a mitad de la conversación y le impida continuar. Sigue ahí sentado sin que alguien le conteste el teléfono. Entonces respira hondo, piensa en la orquesta que lo recibirá cuando Dan Pardo anuncie su nombre «*Ladies and gentlemen...*». Pero no logra recordar su nombre, sabe que este es solo uno de los síntomas porque se lo ha explicado el médico, el primero o el último de los síntomas que marcará su deterioro progresivo. «*Ladies and gentlemen, your host...*». Nada, silencio en el estudio, no lo recuerda, no lo puede pronunciar. El sol pega fuerte como nunca y él sigue allí sentado, sin poder llorar.

LA DESPEDIDA²

Papá murió un jueves antes del noticiero de las siete. Mamá y yo veíamos un programa de animalitos en la televisión y escuchamos el ruido que hizo su cuerpo cuando se cayó en el baño. «¿Estás bien?», preguntó mamá sin levantarse del sillón y no obtuvo respuesta. Eso fue hace dos años y mamá no ha vuelto a escuchar la voz de papá... Mi padre nunca dejó de hablarme.

La noche después del funeral tuve un sueño. Papá se me apareció vestido con el traje que tiene puesto en su foto de matrimonio. Pero no llevaba zapatos y se veía intranquilo. «¿Qué pasa, papá?», le pregunté mientras me sentaba a su

² Pertenece al libro de cuentos "Lluvia sobre el asfalto" ganador de la Beca "Bucaramanga cree en tu talento" del Instituto Municipal de Cultura y Turismo de Bucaramanga (IMCT, Colombia, 2017). Traducido y publicado en Finlandia por editorial Aviador (2021)

lado. Él ponía su mirada fija en un punto del vacío y decía, «Nunca conocí el mar», y luego se echaba a llorar. La primera vez que tuve el sueño me desperté asustada. Me entristecí de pensar en las muchas cosas que él tuvo que sacrificar por mamá y por mí, entre ellas ese deseo de ir a la playa. Nací en un mal año.

Recuerdo que busqué en los álbumes de fotos alguna pista que desmintiera al padre de mis sueños. No encontré ninguna. La única foto que tenía que ver con el agua era una en la que salíamos él y yo (a mamá nunca le gustó mojarse) de pie, junto a la piscina municipal. Papá tenía puesta una pantaloneta azul oscuro y yo un vestido de baño entero color fucsia, con un flotador rojo en cada brazo. Los dos reíamos. Cuando terminé el tercer álbum decidí preguntar a mamá. «¿Papá fue alguna vez al mar?». Ella se quedó mirándome, acongojada, con ese peso que mantuvo en los ojos desde el día de la muerte de papá. «No», dijo. «Siempre quiso ir para llevarte a ti», añadió. Y se le encharcó la mirada. Al tiempo que intentaba consolar a mamá me quedé viendo la urna con las cenizas de papá.

«Quiere que lo lleve al mar», dije a la abuela. Me miró sin dejar de batir el chocolate en la olleta. A su lado había un plato lleno de arepas, era la tercera vez que le pedía que me enseñara a prepararlas. No había nada raro en su receta, pero por alguna razón nunca logro que me queden igual de sabrosas a las suyas. «¿Y por qué no vas con tu mamá?», dijo. «A mamá no le gusta el agua», expliqué.

La abuela se quedó pensando un momento mientras el olor del chocolate con canela llenaba por completo la cocina. «Es un camino largo de aquí a la costa. Vas a necesitar dinero». Sirvió dos tazas y pasamos toda la tarde hablando de papá y su gusto temprano por el océano. «Desde niño soñó con las olas, que venían por él y que no tenía miedo». Esa noche dormí mejor que cualquier otra noche de las cercanas al funeral. Soñé con olas rotas que levantaban espuma. No pude distinguir bien dónde terminaba el océano y dónde comenzaba el cielo.

—¿Retiro espiritual?

—Sí.

—¿Tres días?

—Sí.

Incluso en el silencio estaba incómoda.

—No me parece...

—Todas mis compañeras van a ir. La coordinadora dice que es importante porque ya no somos niñas, pronto seremos mujeres. Así dice ella.

—Esa señora no tiene hijos.

- Yo sé... Mamá. Si no fuera importante no te lo pediría.
—No sé... no me suena la idea... ¿Podré llamarte a alguna parte?
—No. Se trata de estar en silencio...
—...
—Está bien. Si no quieres no voy y se acabó.
—Espera... está bien, ve.

Esperé hasta que mamá se durmiera frente a la televisión. Siempre caía profunda después de las nueve de la noche. Empaqué mis cosas en una mochila: una muda de ropa ideal en clima caliente, el vestido de baño y “Un capitán de quince años”. Dejé un espacio importante donde iría papá. Tuve que sacar sus restos de la urna y reemplazarlos con la arena que compramos para el gato que escapó de casa para nunca volver. «No hay leche como la leche en polvo», solía decir papá cuando estaba vivo, seguro por eso escogí un tarro de leche Klim para transportar sus cenizas. Cuando terminé de empacar, mamá roncaba en el sofá. Le di un beso en la frente y la desperté con cuidado para que se pasara a su cama.

Mamá me acompañó al colegio para despedirse. Estaba triste y quizás por eso no se dio cuenta de que la única que llevaba actitud y mochila de viaje era yo. Cuando terminó de abrazarme estaba claro que llegaría tarde a su oficina esa mañana. La observé mientras volvía al carro. A pesar del reflejo de la luz de la mañana en el vidrio panorámico, pude ver sus ojos y su mano que dibujaba otra vez un hasta luego. El viaje duró diecinueve horas. Tomé un Mareol para tratar de dormir la mayor parte del trayecto. El bus iba casi vacío y pude sentarme junto a la ventana. La ciudad cambiaba de colores mientras nos alejábamos de ella. Mis párpados se hicieron cada vez más pesados, me concentré en los sonidos de la cabina, abracé mi mochila... Dormí.

- ¿Estás bien?
—No me gusta que faltes al colegio.
—Esto es importante. Tú lo sabes. Dime, ¿estás
—Aquí no se está mal.
—Te extraño.
—Es peligroso que vayas sola.
—Papá, tú vas conmigo, no seas tonto... Además, traje el cuchillo grande de la cocina.
—Estás loca. Eres mi niña loca.

Y sonrió. Parecía más tranquilo que las primeras veces que soñé con él. Hubo dos paradas antes de llegar a un pueblo muy cerca de la costa. Dormí los últimos kilómetros, quizás por la hora, quizás por el Mareol. Bajé del bus en el parque central del pueblo. Se sentía un aroma salado en el ambiente y hacía calor. «¿Por dónde llego al mar?», pregunté al ayudante del chofer. Resultó que estaba al menos a unas diez cuadras de la playa.

Las aspas del ventilador giraban muy despacio. A duras penas sentía que me llegaba algo de aire. El tendero salió de atrás del mostrador con una gaseosa helada, la dejó sobre la mesa y me puse a ver las gotitas por fuera de la botella, era como si sudara. Di un sorbo largo. Me quedé viendo la mochila sobre una silla y pensé que el calor no debía ser inconveniente para papá que viajaba cómodo en su lata amarilla de leche Klim. «Ya casi llegamos», dije. Y el señor de la tienda me preguntó si le hablaba a él. Sonreí y negué con la cabeza.

Pedí una última indicación para llegar a la playa. Realmente no la necesitaba, pero quería hacer que el momento de nuestro encuentro con el mar tuviera un poco más de suspenso. Pagué la gaseosa y salí. Llevaba a papá con mucho cuidado. El cielo estaba despejado, sentí gotas de agua en la cara, pero no llovía, tal vez solo sudaba como la botella de gaseosa.

Mientras daba los últimos pasos el ambiente se puso como cuando soñaba con papá. Eso me hizo sonreír. Estoy segura de que estaba ahí, junto a mí. El ruido de las olas rompiéndose en la playa y la fuerza de la brisa me dejaron extasiada. El mar. Una masa de agua gigante que se juntaba con el cielo en el horizonte. El viento me alborotaba el pelo. Abracé la mochila para que no saliera volando. No pude evitar ponerme a llorar. Corrí hacia la playa, me quité los zapatos para sentir la arena en los pies. «Esto es realmente hermoso».

—¿Cómo te parece?

—Gracias... *Es realmente hermoso... Nunca en mi vida fui tan feliz. Gracias a ti.*

—¿Papá?

—Dime...

—Siempre te voy a querer.

—Yo sé, hija. Yo a ti.

Dejé la mochila sobre la arena, sin perderla de vista un instante. Me zambullí en el mar. Espuma salada. Podía sentir todos los movimientos del planeta al tiempo que chapoteaba. Era feliz. Estuve en el agua un rato hasta que me ardieron los hombros. Salí del agua y me senté junto a papá. Me quedé un buen rato ahí, contemplando el mar, tratando de escuchar lo que querían decirnos las olas, el viento, los rayos de sol. Busqué una sombra y me recosté con el arrullo de las olas.

Desperté de un sueño plácido al atardecer. La brisa me había secado el vestido de baño. Me puse la ropa y caminé hacia el muelle. El cielo comenzaba a ponerse anaranjado y unos pelícanos intentaban volar hasta el sol. Miré alrededor, no vi a nadie. Solo tres barcas amarradas, meciéndose con las olas como una invitación. Desamarré una con gran dificultad, puse la mochila adentro y empecé a remar para alejarme de la orilla. El mar estaba calmado, aceptaba la paz de las cinco de la tarde. Remé con fuerza, hasta que el dolor de las manos comenzó a subirme por los brazos, los hombros, la espalda. Me detuve agitada. Tenía ganas de gritar o de llorar.

Por primera vez desde la muerte de papá, comprendía mi soledad. Saqué el tarro de la mochila y me quedé viéndolo. Era mi padre el que estaba allí, el hombre que más me amaba en el mundo y que ya no estaría más conmigo. Destapé el tarro y contemplé sus cenizas, nos movíamos con el vaivén de la barca.

«¿Por qué me dejaste tan sola?». No pude controlar el llanto. Algo se había roto muy dentro de mí, pude escuchar cómo se rompía a pesar del ruido del agua golpeando el casco del bote. Creo que ahora puedo escuchar ese ruido otra vez.

Contemplé el atardecer, el sol se hundía en el agua para dormir su siesta hasta el día siguiente. Derramé las cenizas en el agua, despacio, y fueron haciendo un caminito en dirección al atardecer. Entonces lo vi. Era él caminando sobre el agua, su silueta a contraluz que levantaba una mano y se despedía de mí. Habíamos llegado al mar. «Adiós, papá».

Sergio Augusto Sánchez (COLOMBIA). Nació en Bucaramanga, Colombia, en septiembre de 1984. Comunicador Social de la Universidad Autónoma de Bucaramanga (2010) y Magíster en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia (2015). En 2007 ganó el XX Concurso Nacional de Cuento de la Universidad Externado de Colombia con «Cuatro cuentos para cuatro días hábiles». En 2014 ganó el Estímulo de Escritura de Guion para largometraje de Proimágenes Colombia con el guion titulado «Bogotá Rock City». En 2015 fue uno de los ganadores del Concurso TwitRelatos por la Identidad organizado por la Fundación Abuelas de la Plaza de Mayo (Buenos Aires, Argentina). En 2017 ganó los Estímulos Artísticos del Instituto Municipal de Cultura y Turismo de Bucaramanga con el libro de cuentos «Lluvia sobre el Asfalto». Actualmente vive en Finlandia.